

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 344

Barcelona, 11 de Enero de 1938

Av. 14 de Abril, 556

La victoria del Ejército republicano,

tanto en la ofensiva como en la contraofensiva de Teruel, no es sólo un triunfo moral enorme; puede ser también el punto decisivo de toda la guerra.

La reconquista de América

Hace muy pocos días, he estado charlando con un médico cubano recién venido del frente, y que al frente regresó en seguida, llamado por las necesidades de la guerra. Es un hombre joven, de mucha reputación en su país. Hasta junio del año último vivía en La Habana, desempeñando un puesto de gran responsabilidad científica, sin ansiedades económicas; pero desde hace varios meses está en España, en esta inmensa trinchera de la democracia universal. Dicho médico se llama Luis Díaz Soto, y lo que él me dijo acerca de sí mismo, de sus reacciones ante la revolución española y las causas de su adhesión a los que aquí combaten a Franco, merece ser divulgado por dos razones: la primera, porque su caso resume el de muchos otros cubanos—de otros muchos hispanoamericanos, para hablar con la debida extensión—; la segunda, porque sirve para enseñar cómo la rebelión militarista ha acercado a España y la América española, en un año, mucho más que un siglo de diplomacia y de discursos incoloros. Yo confieso que las palabras de este joven médico produjeron en mi espíritu una profunda emoción, y que al influjo de ellas me he sentido más optimista que nunca en cuanto al futuro de la humanidad, y sobre todo en cuanto al futuro americano.

Díaz Soto me ha contado que su curiosidad hacia los hombres y las cosas de Cuba nació en las mismas aulas de la escuela primaria; y que Maceo, Martí, Máximo Gómez y los distintos movimientos en que estos héroes tomaron parte, le eran familiares desde que tuvo uso de razón, del propio modo que las crueldades de Weyler o de Ampudia. Sin embargo, él se asombra ahora de que jamás se detuviera a discriminar lo que era el pueblo de España de lo que era gobierno español, sino que, por el contrario—y éste no es sólo el caso suyo, sino el de toda Hispanoamérica—, identificara ambas entidades como si fueran la misma cosa. El estudio de la historia patria en esa forma superficial hizo de él un cubano resentido, un hombre que nunca disimuló su rencor contra los españoles, así fuera el militarote cómplice de los politicastos de su época, como el infeliz quinto que iba a morir del cólera o de la fiebre amarilla en la Isla, llevado por la fuerza a una guerra que no sentía, que no deseaba y que nada podría beneficiarle.

A pesar de su extraordinaria preparación científica y de su activa intervención en las luchas universitarias y políticas de Cuba—fué compañero y amigo de Mella, combatió a Machado, está enrolado en la extrema izquierda desde la caída de este dictador—, Díaz Soto se sintió siempre incapaz de apagar en su espíritu un vivo rescoldo de venganza contra la antigua metrópoli. El ejemplo de Martí—gran vedor—, que enseñaba amor a España y rebelión contra sus gobernantes, era sólo para la mayoría juvenil un gesto romántico sin resonancia, la postura excepcional propia de un hombre de genio.

—Así estuve—me ha dicho Díaz Soto—hasta julio de 1936, cuando se produjo el golpe faccioso. Lo que no había comprendido nunca, fué entonces diáfano para mí. Franco, Queipo de Llano, Mola, Cabanellas, Sanjurjo, Millán Astray, toda esa cúpula uniformada apareció a mis ojos en su verdadero y triste papel histórico. Me di cuenta de que pertenecían a la misma ralea de los que habían oprimido a mi pueblo; aprendí, como en un relámpago, que ellos no eran España, que eran la anti-España, y que entre el pueblo español y el pueblo de Cuba y todos los pueblos de la tierra, existían corrientes de amor que esos generales y

sus semejantes en el pasado habían hecho circular por cauces ilegítimos. Desde ese momento, una gran inquietud se apoderó de mi espíritu. No tuve más que una obsesión: venir a España; ayudar a los españoles verdaderos, participar en el combate que aquí se está librando por un futuro mejor...

Y aquel joven, con un amplísimo porvenir científico y político en su patria, inteligente, sencillo, bondadoso, con una madre anciana y una novia hermosa, lo abandonó todo para lanzarse a lo que consideró el cumplimiento de un deber que no podía esquivar. En Valencia le ví, sólo unos días; y supe después que había partido hacia el frente, el cual no ha abandonado, ni piensa abandonar. Hoy, Díaz Soto ama al pueblo español como a su propio pueblo; en largos meses de abnegación, de privaciones sin cuento, de riesgos y peligros inenarrables—todo el infierno de la guerra moderna—, ha depurado su conciencia política, ensanchando su visión humana en contacto con los soldados que hace más de un año resisten al fascismo y que le vencerán en no lejano término.

La noche anterior a su regreso al frente, charlé con este hombre sereno hasta muy tarde. Siempre fué serio, pero entonces le vi más. Una llama interior alumbraba sus palabras; y cuanto me dijo acerca de su voluntad de trabajo, de su fe en la victoria, de su adhesión a España, tenía un acento de tan profunda gravedad, de tan madura consistencia, que al despedirnos, abrazándonos, me pareció que abrazaba yo a toda Cuba, a toda la América española, perdida por los generales y reconquistada por el pueblo.

El caso de este médico amigo mío es, realmente, representativo del despertar americano. Encarna no sólo su peripetia personal, sino también la de incontables hombres nacidos en Cuba, en quienes el antiguo resentimiento colonial se ha convertido en amor inteligente. Todos, en América, conocemos ese proceso, hemos vivido esa transformación; pero ha sido necesario, para que llegara hasta sus últimas etapas—hasta la simpatía que ofrenda la vida y la sangre—que el golpe de julio descarnara las raíces comunes a ambos pueblos; las raíces escondidas bajo una capa secular de incomprensión y de injusticia, las raíces de una misma tragedia económica, de una misma esclavitud social y de un mismo anhelo de duradera y profunda democracia.

NICOLAS GUILLEN

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO

EN LA RETAGUARDIA DE FRANCO

(El autor del presente artículo sobre el ejército de Franco es Mr. F. G. Stork, periodista holandés, que ha permanecido cuatro meses en territorio rebelde. La objetividad de sus informaciones disgustó a Franco, quien, sin llegar a encarcelarlo, lo puso en la frontera.)

Los cuatro meses que he pasado en territorio rebelde, cerca de los frentes de lucha y en las ciudades de la retaguardia, me permiten hablar con bastante exactitud

sobre la organización de las fuerzas mandadas por Franco.

En conjunto, hay unos 500.000 soldados al servicio de los rebeldes.

Este ejército está constituido por italianos, alemanes, algunos franceses, unos cuantos ingleses y también por españoles y moros.

Lo característico de los soldados italianos es que son los únicos que no están asimilados a las unidades españolas u otras.

Visten uniformes italianos, y el equipo, los suministros de armas y los servicios sanitarios son también italianos.

No sólo son independientes en el mando, sino también con respecto a las autoridades españolas, a cuya jurisdicción no están sometidos.

Así, se observa que, en el mismo tren, los inspectores españoles, vestidos de paisano, piden la documentación hasta a un capitán para ver si va con tiempo a incorporarse a su regimiento, y, en cambio, no someten a ninguna investigación ni siquiera a un soldado si pertenece a las tropas italianas.

Esta diferencia de trato crea a

(Continúa en la página siguiente)

EN LA RETAGUARDIA DE FRANCO

(Continuación)

menudo descontento entre los españoles.

Cuando ocupan un pueblo, las tropas italianas sustituyen los letrados españoles por otros italianos, de manera que un recién llegado puede creer fácilmente que está presenciando unas grandes maniobras italianas. En las estaciones comprendidas en la zona italiana se lee «Commandantía italiana», con el número de la división y de la compañía.

En cuanto a los depósitos de municiones, jamás los dejan los italianos bajo la custodia de los españoles, porque no se fían de ellos.

El mismo espíritu existe en lo que se refiere a su aviación. En tanto que los aviadores alemanes están distribuidos en las escuadrillas españolas, la sección italiana se compone, en su totalidad, de aparatos y personal italianos. Los aeródromos en que se guardan sus aparatos están exclusivamente bajo mando italiano.

De los pueblos cercanos, donde los oficiales y los mecánicos están alojados, salen a diario coches, a horas determinadas, para llevarlos a todos al trabajo.

Generalmente no se levantan temprano. Se toca diana a las siete; pero hasta las ocho no salen los autos. Vuelven a las doce y cuarto para comer y marchan de nuevo a las dos de la tarde, para terminar la jornada a las seis. Durante la noche montan la guardia por tandas.

¿Cuántos italianos hay? Calculo que unos 120.000, distribuidos en cuatro divisiones autónomas completas, más una división, «Las flechas negras», formada por voluntarios del «fascio» italiano, cuyas bajas han sido cubiertas con españoles, que ahora representan el 30 por ciento del total de efectivos.

La posición de los alemanes es muy diferente. Sólo han enviado técnicos, profesores y pilotos, que están repartidos en todo el ejército de Franco. Puede decirse que en las operaciones no han tomado parte tropas alemanas, pero su papel en los servicios del ejército es considerable.

La Radio y todo el servicio de transmisiones están bajo su mando. El material y el personal son casi exclusivamente alemanes. Igual ocurre con las defensas contra la aviación y los tanques, las cuales están por completo en sus manos.

La instrucción de los cadetes, futuros oficiales del ejército rebelde, está a cargo de oficiales alemanes. Después de dos meses de ejercicios, hacen un período de marchas y llevan como jefe al oficial que fué su instructor.

¿Cuántos alemanes hay? Unos 20.000 distribuidos por todo el territorio. Intervienen incluso en los servicios de espionaje y de contraespionaje.

No sólo hay alemanes e italianos luchando junto a los rebeldes. Unos cuantos ingleses — sólo un número insignificante — y unos 2.000 franceses combaten también al lado de Franco.

La mayoría de los franceses — ex combatientes — están agregados a la Legión extranjera o a los requetés.

La Legión y los moros han sido las fuerzas de choque en los principales combates de la guerra civil. La Legión no cuenta con más de 15.000 hombres, divididos en banderas de a 1.000. Estas banderas, puestas a prueba con mucha frecuencia, han tenido que ser rehechas cuatro veces, pero, aun así, el reclutamiento no alcanza a cubrir las bajas.

La Legión no tiene más de un 40 por ciento de voluntarios, incluyendo a los extranjeros; el res-

to lo componen españoles que prefieren alistarse en ella, porque la paga es de 3 pesetas diarias, y en el ejército regular de 0,50.

Este nuevo estado de cosas ha privado a la Legión de su carácter de cuerpo de primera clase, y la instrucción militar, que es muy severa, produce un estado de ánimo que hace que el mando tenga poca confianza en los legionarios: algunos de ellos hasta muestran simpatía por los leales.

Las tropas moras han sido siempre los mejores luchadores del ejército. Pero están diezmadas. Se calcula que desde el comienzo de la guerra, entre muertos, heridos y evacuados, han quedado fuera de combate 70.000 marroquíes.

Las tropas españolas de Franco son de tres clases: requetés, falangistas y ejército regular.

Los dos primeros se componen,

en principio, de voluntarios. Esto fué verdad al comienzo de las hostilidades; pero ahora, para cubrir sus bajas, han sido incorporados a ellas los jóvenes que de ordinario habían de ingresar obligatoriamente en el ejército.

Si son empleados u obreros, se hacen falangistas. Si son campesinos, se alistan en los requetés.

Los requetés son unos 80.000. En primera línea están los de más de 18 años; en segunda, los jóvenes que reciben instrucción militar.

Los falangistas suman unos 45.000, el 10 por ciento de los cuales son voluntarios, y el resto, reclutas.

Aproximadamente, 150.000 hombres del ejército regular completan el medio millón de tropas en que pueden confiar los rebeldes españoles.

(«Daily Herald», 4-1-38.)

El profesor de la Universidad de Lausana, Dr. Wintesch, habla de la instrucción pública en la España republicana

El ilustre profesor de la Universidad de Lausana y médico, doctor Juan Wintesch, ha publicado recientemente en un folleto la noticia que dió a los «Amigos de la España Republicana de Suiza», acerca de la «Escuela Española». Esta noticia del profesor suizo tiene para nosotros el más alto valor, pues se trata de una de las mejores exposiciones que se han hecho en el extranjero de la labor pedagógica de la República. Recuerda en ella el descuido en que se hallaba la educación en España a principios del

siglo XX, «en la que parecía ignorarse que vivían en el siglo de los niños», y que fué Francisco Ferrer, fusilado en Montjuich en 1909, el primero que trató de remediar la falta de escuelas para educar al pueblo. Pone luego de relieve el enorme esfuerzo de la República para que el desarrollo de la instrucción pública adquiriera en España el volumen normal requerido por su población, y menciona especialmente a Cossio y a Jesús Hernández como principales autores de la renovación pedagógica de la España republicana.

Los «hipersuperdreadnoughts» de Mussolini

Bruscamente, por uno de esos golpes teatrales a que Mussolini está acostumbrando a los espectadores italianos y extranjeros de su megalomanía actuante, se ha sabido que la flota de Italia tendrá, dentro de dos años o de diez y ocho meses, dos nuevas unidades navales. Pero estas unidades navales no serán de mediano o pequeño tonelaje. Ni submarinos, ni destructores, ni cruceros ligeros, ni aún cruceros acorazados de batalla. Se trata de dos hipersuperdreadnoughts de 35 a 40.000 toneladas, con cañones monstruosos, que unidos a los actualmente en construcción, harán de Mussolini, según éste espera, el árbitro del Mediterráneo.

Esos dos colosales navíos costarán, no centenas, sino millares de millones de liras. En los presupuestos del año actual, no obstante su déficit catastrófico, no hay consignación para ellos. El nuevo gasto ruinoso deberá ir a otro presupuesto extraordinario. Sigue y se agrava el sistema de la trampa adelante...

Y mientras, la miseria se agudiza y el paro, salvo en las industrias de guerra, se acentúa peligrosamente y se multiplican las quiebras y cierran las fábricas y las manufacturas y talleres; donde se continúa trabajando, establecen la jornada semanal de tres días — que son los únicos pagados a los obreros — y se doblan y aún triplican las contribuciones, y se desesperan los comerciantes, y toda la nación vive, si eso es vivir, no sólo en esclavitud vergonzosa, sino en una penuria que recuerda la de Alemania en los últimos años de la Gran Guerra...

¿Qué se propone Mussolini con el nuevo alarde? ¿Asustar a Inglaterra? ¿Ayudar al Japón, obligando al Almirantazgo de Londres a mantener en el Mediterráneo la mayor parte de su escuadra mientras la China sucumbe a la agresión nipona? Pero el cálculo sería demasiado aleatorio. El gesto es duro y si se quiere impresionante. Pero faltan 24 meses para que las consecuencias materiales surjan de él, y en 24 meses pueden pasar muchas

na. Sigue en la noticia un estudio bastante minucioso de lo que es nuestra Escuela Unificada, centrándose su interés en los principios básicos y en los programas de la enseñanza primaria, de marcada orientación moderna, tanto en Cataluña como en el resto del territorio leal. Habla de la reforma de la enseñanza secundaria y del Bachillerato abreviado para obreros, y al referirse a la labor de las Universidades comprueba el gran número de intelectuales, artistas, literatos y hombres de ciencia que han permanecido fieles al pueblo español en su lucha contra el fascismo.

Resume el doctor Wintesch su trabajo manifestando que en esta obra de la República hay una ver-

dadera combinación de todas las fuerzas activas del país, de manera que la escuela se convierta en una actividad más de la sociedad.

«Cuando un pueblo en armas dice al final Wintesch — tiene la pujanza, al crear instituciones para los niños, de ponerse a la misma línea del pensamiento de los grandes hombres de la humanidad, demuestra, con una claridad impresionante, cómo este pueblo tiene un pensamiento clásico y cómo todo lo que crea es singularmente elevado, digno, depurado, civilizado. No se puede pensar sin emoción en la grandeza del pueblo español ni en su ideal republicano.»

(«La Vanguardia», Barcelona, 8-1-38.)

BALANCE 1937

Por L. NICOLE

La gran preocupación de todos los trabajadores, en el transcurso del año que acaba, ha sido la suerte de la República española. ¿Se mantendrán firmes? ¿Coronará al fin la victoria tantos esfuerzos y tanto heroísmo?

Enero había empezado mal. Febrero trajo la caída de Málaga. Marzo parecía que debiera ser el mes del cerco de Madrid; pero terció el «milagro» de Guadalajara. Mussolini, de jira triunfal por Libia, recibió el primer choque serio que le advertía del fracaso posible, ya que no seguro, de su loca aventura. Soldados italianos defensores de la libertad detuvieron, derrotaron y pusieron en fuga a otros soldados italianos al servicio de la barbarie.

Los franquistas rebeldes y sus aliados italianos y alemanes se

obstinaron en vano frente a Madrid. La capital de España ha resistido victoriosamente. Resiste. Vencerá. ¡No pasarán!

Reanudando la táctica cara a los estrategas de Roma y Berlín, los generales rebeldes aplicaron sus esfuerzos a la línea de menor resistencia, hacia Asturias y la costa vasca. Han aplastado a un pueblo bajo el peso de un armamento de veinte a cincuenta veces superior al de sus adversarios; ¡no lo han vencido!

Desde entonces, Franco no sale del paso, y su «speaker» de Sevilla anuncia ofensivas que nunca se inician. Dos ejércitos están hundidos, cara a cara, en el terreno de un frente que sólo imperceptiblemente ha variado desde hace más de nueve meses. Allí donde se han producido fluctuaciones en el terreno ocupado, ha sido en beneficio de los republicanos, en julio, en Brunete; el otro día, en Teruel.

En vano el pelmazo de Sevilla anuncia fulminantes victorias. Los detalles que se dan acerca del desplazamiento de tanques y artillería pesada a espaldas de Teruel, no tienen otro objeto que el de enmascarar, bien una total impotencia, bien una ofensiva en preparación por el Sur, a lo largo de la costa de Málaga a Almería y Alicante, donde el ejército de los invasores italianos pudiera ser apoyado por el tiro de la marina de guerra que domina esta parte del Mediterráneo. Allí está el punto sensible del frente.

Pero el Estado Mayor republicano lo sabe, y no ha esperado a hoy para tomar sus precauciones, en consecuencia.

La toma de Teruel queda en pie como un hecho de guerra de la mayor importancia. Es, después de Guadalajara y Brunete, una nueva prueba de las capacidades de ofensiva y de maniobra del ejército republicano.

España tiene ahora su ejército fuerte, aguerrido, cada uno de cuyos hombres sabe lo que quiere y por qué se bate. Este ejército vencerá. La píldora puede parecer dura de tragar para todos nuestros estrategas de la gran prensa burguesa de la Suiza latina; pero las cosas son así: No se derrota a un pueblo que defiende su libertad.

(«Le Travail». Ginebra, 31-XII-37)

PERO, ¿QUE BANDERA ES ESA?

Génova, 6. — Ha entrado en este puerto el buque «Dugomog», el cual arbolaba la bandera española rebelde. Es el primer buque que con esta bandera que entra en puerto italiano. — Fabra.

¡SEÑORES Y FORAJIDOS!

En el preciso momento en que la República da una prueba de elegancia moral con los facciosos capturados en Teruel, la Falange se dedica en Asturias al asesinato de los guerrilleros que caen en sus manos

Desde hace unas horas, la prensa del mundo entero, prodiga sin tasa sus más encendidos elogios al Gobierno de la República española por el gesto magnífico de honda humanidad que ha tenido con motivo de la rendición de los facciosos derrotados por su Ejército en la reconquista de Teruel, culpables no solamente de su deslealtad y traición a la fe jurada, sino del sacrificio bárbaro e inútil de infinidad de mujeres y niños, muertos de hambre en los subterráneos de la ciudad aragonesa.

Pues bien, cuando la República da esta prueba de elegancia moral para con los vencidos, cuando evacua con todo cuidado los hospitales turolenses abarrotados de heridos rebeldes, cuando trata con todo cariño a las mujeres y a los niños apartándolos rápidamente del horror de la guerra, cuando se comporta con exceso de generosidad con los prisioneros, las turbas de la Falange se dedican en todo el Norte de España, especialmente en Asturias, a cometer los más abominables y repugnantes crímenes con los hombres leales a la República.

Para nadie es un misterio que, no obstante la caída de Gijón, en la cuenca minera asturiana hay millares de hombres que con las armas en la mano defienden los más sagrados postulados de la democracia española. Y un día es en los montes de Sama de Langreo, otro en los de Pola de Laviana, más tarde en las cercanías de Olloño, después en los arrabales de la Felguera, cuando no en las calles de Ciaño, Mieres, Sotrondio o San Martín del Rey Aurelio, donde grupos de guerrilleros castigan a las tropas facciosas y les producen verdaderos y agotadores descabros. La resistencia de esos millares de guerrilleros, gentes de las minas en su inmensa mayoría, ha sido causa de que Franco se haya visto en la precisión de dejar en Asturias un gran número de fuerzas, que provisto de todas las armas se ve y se desea para no ser arrollado.

Columnas de guardia civil, requetés y falangis-

tas se dedican a la desasturización de la provincia. Penetran en los pueblos, en las más diminutas aldeas o Concejos, y so pretexto de unas resistencias armadas por parte de los vecinos—que sólo existen en sus siniestros planes—, se dedican a fusilar a todos aquellos elementos sospechosos de simpatía a la República o de auxiliar a los hombres que en los montes esperan el triunfo de la democracia. Los fusilamientos sin formación de causa, los asesinatos en las carreteras y caminos, se cuentan ya por millares. Cuando los prisioneros son de calidad, esas pandillas de forajidos aseguran que fueron agredidos y que «repe-lieron» la agresión. Siempre resultan muertos los hombres, mujeres y niños que viven en la localidad asaltada.

Ahora han capturado al comandante de Milicias Avelino Fernández García, a otros tres republicanos y a dos mujeres. Todos ellos «resultaron muertos en la refriega»...

También en las cercanías de Soto de Rey, los falangistas y guardias civiles «sostuvieron un encuentro» con una partida de guerrilleros, «de los cuales fueron capturados el capitán Benjamín Arrizabalaga Antuna, el comisario político Agustín Ortega, jefe político de batallón Adolfo González Braña y los milicianos José Cuesta Fernández y Aurelio Rodríguez»... Después, para «liquidar» el hecho, advierten las autoridades fascistas que al «ser trasladados los detenidos a Oviedo, intentaron huir, resultando todos ellos muertos por las fuerzas que los custodiaban»...

¡Exactamente igual que cuando Arlegui organizó y prodigó la «ley de fugas» en Barcelona, Madrid, Sevilla, Valencia y Zaragoza!...

No quiere, sin duda, pasar inadvertido en la zona facciosa el siniestro ex general Martínez Anido, Director de Orden Público designado por Franco, para hacer «respetar» la Ley, el Derecho y la Religión...

Euzkadi bajo el fascismo

La crueldad rebelde continúa su trayectoria de odio y de crímenes contra los vascos.—En cinco días fueron ejecutados en garrote 147 personas, hombres y mujeres, militares y paisanos, obreros, empleados, médicos y abogados

En estos momentos en que la generosidad de la República para con los vencidos de Teruel sirve de orgullo a nuestra conducta de noble guerrero, aun para aquellos que de la traición hicieron arma y del honor una blasfemia; cuando nuestro humanitarismo trasciende la frontera y la caballerosidad del Ejército Popular escribe páginas de disciplina; y la nobleza del Gobierno de la República hecha por tierra las más inmundas calumnias; cuando nos invade el gozo y la alegría de una victoria legítimamente ganada, llegan a nosotros noticias que enturbian nuestro ánimo y sublevar nuestro ser.

Allá, a lo lejos, en tierras de Euzkadi, hay hermanos nuestros que sufren y, en días de espera interminable y de tortura, aguardan la hora en que el rencor, la venganza y el despecho terminen con vidas que van marchitándose entre las paredes de una cárcel en que no hallan por consuelo más que el escarnio y la muerte.

La criminal persecución desencadenada contra los vascos, no admite horas de reposo, ni esperanza. La crueldad facciosa, día tras día, pretende liquidar una raza que por su heroísmo y tesón es odiada furiosamente, en una vesania que nunca satisface su sed de sangre.

Una lista de 147 nombres ha sido publicada en el diario «Hiero», de Bilbao. Todos los que en ella figuran han sido asesinados oprobiosamente en garrote vil. Ni las mujeres han merecido piedad. Hay entre estas víctimas hombres y mujeres, militares y paisanos, obreros y militantes en profesiones liberales, de distinta condición política. Todos ellos han merecido por igual el rigor del fascismo. Véase la lista de referencia, en que aparecen los nombres de 147 mártires, ejecutados solamente en cinco días, del 12 al 17 del pasado mes de diciembre.

Juan Sanz Ibáñez.
Mateo Aguirregoitia Barrenechea.
Feliciano Quintana Ugarte.
Sotero Miranda San Vicente.
Gregorio Serma Martínez.
Valeriano Beorlegui Lecún.
Joaquín Maza Rozas.
Agustín Lecuona Ugarte.
Julian Hermosa Ramírez.
Pedro Garmendia Garmendia.
Jorge de la Fuente Ontoria.
Santiago Lozano Pastor.
Eliodoro Ramírez Blázquez.
Francisco Uriarte Rentería.
Bruno Goicoechea Ortega.
Víctor Bilbao Ruiz.
Pedro Abascal Trueba.
Marcelino Illera de Chuga.
Emiliano Belmonte Fernández.
Claudio Tudes Noguera.

Rodrigo Marquina Palacios.
Francisco Cuesta Nebreda.
Manuel Barrondo Aguirregoicoa.
Manuel Petite Latorre.
Francisco Ronero Cerra.
Avelino Angliano Llomosas.
Enrique Bermúdez Moro.
Antonio Arteché Barquín.
Angel Gallano Martínez.
Jesús Urraco Flores.
Ramón Mironés García.
Eusebio Gutiérrez Lautorn.
Honorato Ortega García.
José Azcúnaga Aboita.
Calixto Sáez Rocande.
Emilio Goín Olave.
César Chínche Ledesma.
Hipólito González Mijangos.
Cecilia Idirin Garabiete.
Luis Vicente Espinosa.
Ceferino Santa María Pérez.
Quintín Boloria Pérez.
Eduardo Rodríguez Elías.
Gerardo Pazos Colina.
Timoteo Atucha Petralonda.
Francisco Abrain Martínez.
Félix Urgel del Cerro.
Macario Esteban Delgado.
José Franco Perdigón.
Pedro Ramón Gil.
José M. Pérez Lansorena.
Manuel Herrero Antruejo.
Tomás López Piñeiro.
Albino Ruiz Díez.
Bonifacio Aza San Pedro.
José María Amador Aguinaga.

El alcalde rebelde de Bilbao amenaza con exterminar a los que odian a Falange

Gibraltar, 3.—El periódico «Falange española», de Sevilla, reproduce en su número del 21 de diciembre el discurso pronunciado en Córdoba por el alcalde de Bilbao, con motivo de la jura de la bandera por los nuevos suboficiales de la provincia de Granada. Dijo entre otras cosas:

«La maniobra de los reptiles tiende ahora a discutir a nuestro caudillo en el terreno de la política. En realidad, se trata de poner en duda la capacidad de Franco, jefe de Falange, y no la de Franco, generalísimo del ejército. Con ello no se trata sino de discutir y sembrar el desconcierto en Falange española tradicionalista como movimiento nacional. Creo que los enemigos de Falange son de dos clases: los que no la quieren porque no la conocen, y los que la odian porque la conocen demasiado.

«Por lo que respecta a los últimos, no tendremos más remedio que exterminarlos a todos.»

Progreso Mercano Pastor.
Jesús Fuentes Egusquiza.
Jacinto Castañedo Campos.
Braulio Sinierra Sinierra.
Bautista Abascal Laza.
Félix González González.
Fernando Terán del Río.
Guillermo Cortes Solar.
Pío Barzarán Sagasti.
José Villa Ateca.
Adolfo Martínez Santander.
Mariano Ibáñez González.
Antonio Eizaguirre Epelde.
Vicente Solana Ballesteros.
Ramón Fraga Usares.
Felipe Ruiz Fernández.
Feliciano Pérez Espinazo.
Ernesto de la Fuente Torres.
Juan José Garay Miranda.
Esteban Huete Campos.
Ezequiel Ruiz Expósito.
Eusebio de la Hoz Gutiérrez.
Alvaro Campos Gutiérrez.
Andrés Hormaeché Eguiluz.
Félix Larrañaga Arrese.
Francisco Pérez Beníte.
José A. Zabaleta Peñabariario.
Domingo Iruña Allende.
Eufonio Sarabia Palencia.
Faustino Arroyo Sainz.
José Fernández García.
Antonio Camarero Parche.
Pedro Lavín Lavín.
Ana Naranjo Marín.
Sebastián Vicente Álvarez.
Enrique Aparicio Alarcón.
José Zabaco Tijero.
Pedro Barriando Garay.
Julian Hernández Martín.
Guillermo Minguito Marina.
Federico Yermo Solaequi.
Félix Iberranz Salazar.
Dionisio Arteché Gómez.
Francisco Sillero Santa Coloma.
Antonio Astiaga Candín.
Antonin Prieto Abad.
Mauricio R. Estévez Córdoba.
Félix Alberdi Cebreiro.
Antonio de Diego Esteche.
José J. Arnabarrena Mayor.
Gumersindo Valle Pérez.
Leocadio Bustamante Díez.
Miguel Ruiz Sierra.
Manuel Sinierra del Rey.
Damián Saiz Gutiérrez.
José J. Arnabarrena Mayor.
Gerardo García Fernández.
Alfredo Iñiguez Ruiz.
Víctor Pardo San Emeterio.
Ricardo Fernández Rubimes.
Antonio Gómez Ruiz.
Antonio Lavín Pérez.
Generoso Ruiz Gutiérrez.
Sebastián Chinchurreta Corta.
Francisco Álvarez Neida.
José Gándara de la Gándara.
Antonio Fernández Iñiguez.
Gumersindo Azcárate Gómez.
José Añero Villa.
Ricardo Olavarrieta Monasterio.
José Gómez Cano.
Pedro Fernández Alonso.
Emilio Villa Rueda.
Pedro González Totorica.
Lázaro Cebrián Blanco.
Donato Mardones Villate.
Natalio López Mistral.
Alfonso Vilullas Abuli.
Moisés Villa Ateca.
Braulio Jesús Villa-Aja.
Ruperto Fernández Ruiz.
Francisco Ganzo Medina.

Francisco Hoz Ortiz.
Amalio Crespo Carro.
Raimundo Eguren Casas.
Jesús Gabela López.
Daniel Irezábal Goiti.
José Luis Arenillas.
Vicente Ubilledo Ulanda.
Andrés Alonso Blázquez.
José Bolaños López.

Contraste de conductas. Ejemplaridad de proceder. Métodos contrapuestos por el fascismo y la República. De un lado, generosidad, humanidad, piedad y atenciones para con los caídos; ahí está el caso de Teruel. De otro, odio, venganza, crueldad, crimen; ahí está el caso de Bilbao. La conducta facciosa responde a la lógica de la derrota. La conducta de la República responde a la lógica de la victoria.

La ayuda extranjera a los rebeldes, juzgada por los ingleses

Londres, 7. — El suplemento del «The Times», la revista del año, en un artículo consagrado a la guerra de España, dice, entre otras cosas:

«La ocupación de Málaga se hizo el 8 de febrero de 1937, con la ayuda de muchos millares de soldados italianos, y la victoria «nacionalista» fué completada con el bombardeo aéreo de los evacuados no combatientes de Málaga.»

Hablando de la ofensiva en los frentes del Norte, añade:

«La táctica empleada para las operaciones en los frentes del Norte era siempre la misma: intensos bombardeos aéreos y de artillería, seguidos del avance de la infantería para ocupar las posiciones evacuadas. Esas operaciones tuvieron éxito, sobre todo porque los «nacionalistas» eran muy superiores desde el punto de vista de armamento y que eran ayudados por tropas extranjeras, particularmente italianas.»

Los católicos polacos contra el nazismo y el fascismo

Varsovia, 6.—Según un comunicado de la Agencia católica polaca, el Vaticano ha aprobado la resolución adoptada por el sínodo ecuménico reunido en 1936, en la cual se condenaban los regímenes totalitarios y el comunismo. Los católicos polacos se manifiestan, una vez más, contra el nazismo alemán y el fascismo italiano.

Detención de un oficial del E. M. faccioso

París, 7.—Por informes recibidos de Gibraltar por la Agencia España, se sabe que ha producido gran impresión la detención en Algeciras de un oficial del Cuartel General de dicha localidad. Las autoridades facciosas guardan el mayor sigilo sobre las razones de la detención. El oficial de Estado Mayor está incomunicado.

El episcopado español y la guerra civil

Por LUIS DAVID CRUZ OCAMPO

I

Consideraciones generales

La pastoral colectiva publicada recientemente por el episcopado español, contiene comprobaciones de hechos y afirmaciones de doctrina que vale la pena analizar para comprender la generación de la guerra que los grupos políticos de derecha creyeron oportuno desencadenar sobre España en julio de 1936.

El documento episcopal manifiesta que no persigue la demostración de tesis alguna, sino que desea presentar en líneas generales los hechos fundamentales que sirven, a su juicio, para dar a esta guerra su fisonomía propia ante la historia.

Pero aunque no se proponga el documento ninguna finalidad específicamente doctrinaria, según lo asevera, ello es que los hechos presentados, las conclusiones que sobre la posición del episcopado se formulan y las doctrinas que se invocan en su apoyo, imprimen a ese documento una clara y decidida finalidad doctrinaria, alejándolo de la mera recopilación empírica de hechos que no pretenden probar tesis alguna.

En realidad, el documento de referencia tiende a probar: 1) que la guerra civil tiene una causa y una finalidad de orden religioso; 2) que la sedición dirigida por el general Franco está justificada ante las doctrinas de Santo Tomás e invitando al lector a cotejar los hechos que señala con aquella doctrina; 3) que, en consecuencia, la posición adoptada por el episcopado es la correcta, por cuanto guarda conformidad con la doctrina; 4) que la causa política de los rebeldes corresponde, por su espíritu y por el objeto que pretende, a una causa que puede llamarse nacional; 5) que las crueldades y violencias de que se acusa a los nacionalistas, son falsas, y que si han ocurrido, tal vez, hechos lamentables, ello se debe a la naturaleza misma de la guerra; 6) que los leales al Gobierno republicano han cometido violencias a las que, naturalmente, no se aplica la excusa del estado de guerra.

Para el análisis general de estas diversas cuestiones, no es necesario poner en duda ninguno de los hechos acreditados por la firma de cuarenta y siete obispos; pero esto no significa, necesariamente, aceptar las conclusiones que de ellos se pretende obtener. El documento presenta una serie de hechos; pero esos hechos ¿pueden entenderse aisladamente? ¿Son, acaso, los únicos hechos dignos de tomarse en cuenta? ¿Cuáles son las causas inmediatas de los disturbios populares que parecen servir de antecedentes justificativos a la sedición de las derechas, llamada nacionalista? ¿Se ha establecido quiénes provocaron los hechos y en qué forma? ¿Los muertos y heridos que recoge la estadística episcopal, son todos de «gente de orden»? ¿Estas bondadosas gentes no hirieron y mataron también a sus adversarios, contribuyendo, así, eficazmente, a la confección de esta estadística que ahora se carga a la cuenta exclusiva de las izquierdas españolas? Estas y otras muchas cuestiones del mismo orden pueden formularse frente a las afirmaciones del documento pastoral para precisar su sentido y establecer su alcance. Además, hay también otros hechos que sirven para explicar la generación de esta guerra, sacando el asunto del terreno de los hechos meramente episódicos y circunstanciales a que se refiere la carta de los obispos españoles.

Pero lo que sobre todo tiene interés en este asunto, dado el carácter y origen del documento analizado, es el punto doctrinal de la justificación de la guerra civil dentro de los principios generales de la moral cristiana y en particular de la moral católica. La pastoral no estudia esta cuestión, sino que la supone ya conocida, limitándose a recomendar que se coteje la doctrina de Santo Tomás sobre la resistencia al poder civil con los hechos que el mismo documento relata. Es indudable que serán muy contados los que acepten la invitación y se decidan a comprometerse en una exploración de la Suma Teológica del glorioso «Ángel de las Escuelas». Además, la doctrina referida sobre resistencia al poder civil es una parte de un sistema general de doctrinas; y, en consecuencia, para darle su verdadero sentido, debe conocerse con cierta aproximación el total de la doctrina de la que ella no es sino una consecuencia o aplicación. Así, junto con las conclusiones a que se llega en este punto especial, deben también tenerse presentes las conclusiones a que se llega al analizar el delito de sedición, en la Segunda Parte de la Suma Cuestión XLII arts. 1 y 2, como también las relativas a la naturaleza y carácter obligatorio de las leyes contenidas en la Segunda Parte, primera sección, Cuestiones XC a CV y especialmente las de la Cuestión XCVI sobre el poder de la ley humana.

También conviene no olvidar que no basta que un acto tenga o no la aprobación de Santo Tomás para que sea considerado aceptable o inaceptable, porque se trata de opiniones respetables, sin duda, pero cuyo valor no puede ir más allá del que corresponda a los fundamentos lógicos en que esas opiniones se apoyan.

En general, según la doctrina de la Suma, no hay obligación de obedecer al poder civil: 1) cuando éste manda cosas que en sí mismas sean malas; 2) cuando manda en materias que no están en sus facultades, pues en tal caso no es potestad dentro de ese orden de cosas. Tampoco hay obligación de conciencia de obedecer a las leyes injustas, aunque pueden éstas llegar a ser obligatorias en conciencia para evitar un escándalo o males mayores. Las leyes son injustas: 1) cuando son contrarias al bien común; 2) cuando, sin ser contrarias a él, no se dirigen a ese bien común; 3) cuando en ellas se excedan las facultades de las autoridades; y 4) cuando, emanadas de autoridad legítima, no tienen la debida equidad por ejemplo, si no reparten con igualdad las cargas entre los ciudadanos. En estos casos, sumariamente indicados, no hay obligación de obedecer a la ley, pero no se llega todavía con esta exención a justificar la insurrección para derribar el poder.

L. D. C. O.

(«La Hora», Santiago de Chile, 8-XI-37.)

Las informaciones que publica este DIARIO responden siempre a la veracidad más estricta

Franco y Queipo echan la culpa a Rey d'Harcourt

En la noche del sábado pasado, las radios facciosas se vieron obligadas a dar cuenta de la caída de los últimos reductos interiores de Teruel. Era la confesión clara y explícita de la gran victoria republicana. Tres enormes columnas mandadas por Varela, Dávila y Aranda, con centenares de cañones, miles de ametralladoras y otras armas automáticas y docenas de carros de asalto y una inmensa aviación de caza y bombardeo, tripulada por italianos y alemanes, no habían podido romper nuestras líneas. Desde el 28 atacaban con furia inaudita y ponían a contribución sus medios destructores poderosísimos. Prodigaban los proyectiles del diez y medio y del quince y medio, como si se tratara de balas de cañón de setenta y cinco milímetros. Enjambres de moros embriagados previamente, se arrojaban, lanzando gritos guturales, blandiendo sus gúmbas, esgrimiendo sus bayonetas, contra las trincheras leales construidas sobre barro y nieve. Y todo fracasó. El asalto impetuoso y frontal. La maniobra envolvente. El flanqueo tras un comienzo de infiltración. Un muro de carne y hierro rodeaba Teruel. Y ese muro no pudo ser derribado. Ni tampoco hubo modo de abrir en él una brecha.

Y los oficiales, soldados y paisanos que se agrupaban en torno del gobernador militar de la plaza y jefe de la guarnición, teniente coronel Rey d'Harcourt, no pudiendo resistir más, se entregaron al Ejército de la República.

Había un segundo jefe, el coronel de la Guardia civil Barba. En la noche del viernes al sábado, recibió a tiros a los parlamentarios que se le acercaron a su refugio del Convento de Santa Clara. Mas poco después, los soldados que estaban a sus órdenes le dejaban solo. Y el obispo de Teruel, Polanco, se entregaba igualmente. Y Barba tuvo que imitarle.

Pero se hacía indispensable encontrar un culpable, un «chivo emisario» Y Franco, en el comunicado oficial de Salamanca, declaró que ese culpable era Rey d'Harcourt.

Rey d'Harcourt, según él, ha traicionado la causa nacionalista. No ha sido sólo cobarde y negligente. Ha sido también, de creerse la verdad salmantina lanzada por las ondas a los espacios,

un vendido miserable. Comprendemos la amargura con que se habrá enterado de ello el capitán jefe rebelde. Se ha defendido primero en el campo atrincherado, luego en el recinto de Teruel, por último en algunos edificios de la ciudad, veinte y dos días mortales. Para ello no ha vacilado en sacrificar las vidas de centenares de no combatientes, en su mayoría mujeres y niños. Las leyes de la guerra no le obligaban, en modo alguno, tan horrible inhumanidad. Y todavía le injuriaban los suyos y pretenden hacer creer, al extranjero y a los habitantes de la España fascistoide, que el desastre faccioso del Bajo Aragón se debe exclusivamente a una traición pactada de antemano.

¿Pero qué concepto tienen los que redactan los comunicados de Franco, de la credulidad de las gentes?

Cumpliendo la consigna, el despreciable Queipo, también en su emisión sevillana de la noche del sábado, acusó a Rey d'Harcourt de haber sido un torpe y un cobarde y de haber, igualmente, traicionado su causa. Y le abrumó de injurias y le llamó vil y canalla. Hasta hace poco todas las noches le cubría de flores y le ponía como ejemplo de valor, heroísmo y tenacidad indomable. Rey, según Queipo, era Palafox y Alvarez de Castro, resucitados y encarnados en el cuerpo de un valiente coronel franquista.

Sic transit...

No. No ha traicionado Rey d'Harcourt, ni Barba, ni el Obispo. Hemos ganado la batalla de Teruel porque hemos sido los más inteligentes, los más hábiles, los más atrevidos, los más fuertes y los más bravos. Así lo han comprendido en el extranjero. Y así lo comprenderán también en la España facciosa.

Teruel significa, no la traición de Rey d'Harcourt, sino el fracaso de Franco Bahamonde como generalísimo y estratega y de sus lugartenientes Moscardó, Muñoz Castellanos, Aranda, Varela y Dávila como ejecutores y tácticos.

Aunque la radio oficial de Salamanca acumule las imposturas y aunque el sangriento payaso de Queipo agote su repertorio de frases de taberna de burdel...

La inmensa mentira de la Santa Alianza Anticomunista ha sido descubierta

Me parece que fuimos Charles Maurras y yo los únicos que denunciáramos en la prensa nacional la maniobra alemana cuando, en septiembre de 1936, Hitler lanzó, en Nuremberg, la idea de «la cruzada contra las democracias» y luego, cuando esta «cruzada contra las democracias» degeneró en «guerra al comunismo» bajo el signo de una Santa Alianza de Alemania, Italia y el Japón.

¡Cuántas veces, desde entonces, he vuelto a ocuparme de ese asunto! Y ello, sin tener en cuenta las protestas de algunos lectores inclinados a pensar que vuelve a empezar en el mundo una era de grandes luchas ideológicas como en tiempos de las guerras de religión, y que habría que colocar en lo futuro los problemas internacionales en un plano exterior al marco de las patrias.

Los terroríficos sucesos que se producen en Asia no pueden ya permitir, creo yo, que nadie se haga ilusiones. El Japón no hace la guerra al comunismo. Cuando asesina a los chinos, hace, en realidad, la guerra a los blancos. Hace la guerra a Europa. El almirante Suetsugu puede atenuar su interview; esta no pierde por ello nada de su fuerza ni de su valor. El pretexto ideológico del anticomunismo disimulaba el móvil imperialista de un pueblo de presa que quiere acorralar a Rusia en las estepas del Norte sibe-

riano y echar a Inglaterra y Francia del Asia del Sur.

De la misma forma, disfrazaba Alemania sus secretas ambiciones. Finge querer destruir el comunismo, que ya interiormente ha vencido y que no la amenaza de ninguna manera, mientras sólo piensa en agarrotar con mano de hierro a Checoslovaquia, Polonia y Austria, es decir, en reunir en un imperio colosal el mosaico de los pueblos de la Europa central y oriental.

En la misma forma también, Italia nos engaña acerca de sus verdaderas intenciones cuando alza el grito teatralmente contra el peligro moscovita. Ayer volvió a encontrar un asombroso artículo publicado hace cuatro años en el «Popolo d'Italia» al día siguiente del tratado firmado entre los Soviets e Italia (2 de septiembre de 1933). El órgano oficioso de Mussolini exaltaba entonces la revolución rusa: «...Las dos grandes revoluciones — fascista y bolchevista — se reúnen y se apoyan con el objeto de comprenderse recíprocamente, de colaborar y de exhortar a los demás. Los dos renovadores sistemas de gobierno colocados entre el pasado y el porvenir señalarán probablemente los nuevos objetivos de la humanidad!»

¿Se puede ser sincero cuando, después de haber escrito tales cosas, se finge la acción de lanzarse

a una cruzada mística contra el comunismo? No. Si el tono ha cambiado brutalmente es que apetitos de conquista y de gloria han venido, de repente, a invadir el cerebro del duce: sueña con Creta, Siria, Túnez, Argelia, Egipto, África!...

No esperemos, pues, que Hitler y Mussolini se desmenzquen confesando sus verdaderos objetivos, como acaba de hacer el almirante Suetsugu. No son enemigos del comunismo, sino que cultivan una doctrina que conduce a arrojar a los «pueblos proletarios» contra los pueblos ricos, la cual, en este punto, se convierte en una transposición del comunismo en el plano internacional.

Tratemos de desviar la tormenta. Permanezcamos tranquilos. Seamos prudentes. Evitemos todas las provocaciones. Pero armémonos y armémonos bien. Armemos nuestros brazos y artemos, sobre todo, nuestros corazones. Si saben que somos fuertes y resueltos, todavía hay salvación. Nuestro destino depende de nosotros.

HENRI DE KERILLIS
(«L'Epoque», 6-I-1938)

Nota. — Henri de Kerillis, autor de este artículo, es un conocido líder derechista francés, encarnizado adversario de la política del Frente Popular.